



Conchita Montes

AL MICROFONO

La voz del Cine en la Radio

CONFESIONES de CONCHITA MONTES



Conchita Montes—siguió escribiendo de ese «táblero maldito» lleno de mariposas para juegos del espíritu—es una de nuestras estrellas más atentas a los temas literarios. Su curiosidad la lleva a ese diálogo íntimo que, a veces, debe ganar resonancias públicas. Y un fino periodista—Darío Fernández Flóres—incluyó a Conchita Montes entre las voces que, por la radio, han respondido, para el público, a unas interesantes sugerencias literarias. PRIMER PLANO recoge de ellas lo más interesante. Porque Conchita Montes, que es una gran actriz de cine, opina sobre libros universales y sobre autores, y afirma que el cine es, o quiere ser, una novela de imágenes. Sus confesiones son, en esta hora, muy oportunas.

DARÍO.—¡Bueno, Conchita! Voy a molestarte un poco con mi curiosidad, aunque te advierto que nada más lejos de mi intención que hacerte aquí una entrevista. Mi propósito es más ambicioso. Quiero que hablemos de literatura.

CONCHITA.—No tengo inconveniente en contestar a tus preguntas, pero mis opiniones son sólo las modestísimas ideas de una simple aficionada a leer.

DARÍO.—Ante todo, quisiera saber algo esencial. Me refiero a la transferencia, al cruce que tú puedas sentir en ti entre la creación literaria y tu propia creación cinematográfica.

CONCHITA.—Cuando leo una novela no me suelo sentir identificada con ninguno de los personajes; me son más o menos afines, más o menos simpáticos, pero son ajenos a mí. El crear un tipo en el cine es otra cosa, es como «escribirlos»; quiero decir que un autor concibe una idea y luego la materializa escribiéndola, pues nosotros, en el cine, somos la letra de la imprenta. El director realiza la idea escribiendo con nuestros ademanes y nuestra voz.

DARÍO.—Otra cosa: ¿Nunca has sentido la necesidad de escribir?

CONCHITA.—Sí, la he sentido y a veces no he podido reprimirla, pero hasta ahora no he producido más que una novela corta que se publicó en «Vértice», una serie de crónicas de cine de antes de nuestra guerra y unas adaptaciones de obras teatrales.

DARÍO.—Ya sabes que escribir suele ser generalmente escribirse; es decir, confesarse un poco, verter sobre los demás la propia música interior para, así, escucharla uno mismo. Pienso que acaso te salve de esta amenaza la otra creación a que te has entregado: la creación de tipos cinematográficos, ya que estoy seguro de que en su humanización les cedas mucho de tu intimidad.

CONCHITA.—Yo procuro incorporar al personaje que represento en vez de incorporar el personaje a mí. Procuro ser la mujer que el autor y el director quieren que sea; aunque esa mujer tenga unas reacciones muy distintas a las mías, creo que debo ponerme al servicio de ellas y así lo hago. Después de una pequeña lucha, cuando por fin me convengo de que esa actitud ante un problema cualquiera, que sería falsa en Conchita Montes, no lo es en el personaje que estoy interpretando, ya todo va bien y me sorprendo inventándole una vida a este ser ficticio, que no se acaba al terminar una escena, sino que continúa fuera de las horas de trabajo. Cuando esto ocurre, cuando un personaje llega a interesarme hasta ese punto, yo no soy del todo durante algún tiempo;



Conchita Montes en su hogar: Un momento de tranquilidad, un rincón para escribir una carta, una sonrisa en el pensamiento

así, en *Correo de Indias*, la virreina, al transmitirme la angustia de sus trágicos amores, tuvo la culpa de que mientras duró el rodaje yo me sintiera siempre un poquito desgraciada.

DARÍO.—Volvamos a la literatura, Conchita.

CONCHITA.—La novela es para mí un género admirable por el horizonte ilimitado en que se mueve el autor, por lo que se presta a dar libre suelta a su fantasía creadora; sin embargo, tengo la impresión de que en estos últimos tiempos la novela ha perdido importancia. Quiero decir que hace cuarenta años la novela era sobre todo el más importante espectáculo, aparte del teatro, que se ofrecía a un público ávido de unas emociones que sólo la novela le brindaba. La vida de hoy encierra unas experiencias, emociones también, a las que con gusto renunciarían muchas personas, pero que calman nuestra sed de aventura o de emoción sin tener que refugiarnos en la novela. Aparte de que hoy tenemos también cine, que es, o quiere ser, una novela de imágenes. Por ello, algunas novelas que hemos leído hace diez años y que entonces nos parecían excelentes, hoy nos lo parecen mucho menos. El ritmo lento de la mayoría de las novelas nos hace impacientarnos muchas veces, porque estamos prendidos de un ritmo más rápido de la vida. Soy lectora de novelas, pero cada día selecciono más.

El teatro es maravilloso o aborrecible y creo que ahora estamos entrando en uno de esos buenos momentos (me refiero al teatro en el mundo, claro está). Cuando yo era niña estaba a la moda un teatro de «vanguardia», que lo era así por mantenerse en la misma página que el surrealismo y

otras expresiones de aquella época. Había cosas que nos interesaban; pero en el fondo no acababan de llegarnos, porque frecuentemente los temas y los personajes eran falsos y fríos a fuerza de intelectualismo. Yo prefiero, con mucho, el buen teatro americano que vino después y que pronto se puso a la cabeza del teatro en el mundo, salvo algunos franceses excepcionales; como Acharid y Giraudoux.

En cuanto a la poesía, la encuentro más cerca de la música que de la literatura. ¡Cómo voy a preferir un género a otro! Es imposible.

DARÍO.—¿Qué piensas sobre esta floración, ya un tanto mustia y otoñal: la de la biografía de todos esos respetables señores y su tiempo, que han inundado los escaparates de las librerías del mundo desde hace unos años?

CONCHITA.—Soy aficionada a la biografía. A una actriz puede serle de mucha utilidad para estudiar un ambiente o un personaje. La biografía tiene casi siempre calor humano; por muy parcial que haya sido el escritor, siempre trae en el amasijo de virtudes y de defectos del biografiado un calor auténtico de vida, y, sobre todo, al socaire de ésta trae también una época y un país que nunca comprendemos mejor que cuando envuelve un personaje de personalidad relevante.

DARÍO.—¿Qué tipo de novela extranjera prefieres? Citanos, por favor, algún título de algunos autores.

CONCHITA.—Es muy difícil citar algunos autores que nos apasionen, porque son muchos; pero es indudable que si pensamos en los escritores franceses, surgen Giraudoux, Morand, Proust, Ro-



La personalidad de la estrella del cine español, definida en estas cuatro fotografías, cada una con un matiz
(Foto Montes)

main y tantos otros, y si nos asomamos a los ingleses, inmediatamente tenemos que hablar de Huxley, de Joyce, Virginia Wolff, Morgan...

DARÍO.—Vamos con Charles Morgan, el novelista inglés recientemente traducido en «El retrato de un espejo», «El viaje», etc., etc. ¿Qué te parece?

CONCHITA.—Morgan me parece un buen escritor; pero como Huxley y como muchos escritores modernos, les encuentro demasiado cerebrales, deshumanizados y fríos. Su lectura nos tiene en tensión continua; rara vez nos dejan abandonarnos en la novela como en un río manso: nos exigen una «colaboración» constante. Ahora que, de pronto, surge un personaje con verdadero calor humano, y entonces, esa condición se pone más en relieve que ninguna al contacto con los otros que no lo son. Prefiero el «contrapunto» de Huxley a las demás novelas contemporáneas de habla inglesa; pero el Morgan de «Sparkenbroke» o el del «Retrato de un espejo» me parecen de la misma categoría. «El viaje», que acabo de leer, me parece también una narración admirable. Ahora echo de menos

una construcción novelesca más clásica; el total de la narración no tiene la forma arquitectónica de las buenas novelas, pero claro que eso le pasa hoy en día a la mayoría de éstas, que carecen de esqueleto.

Hay una autora inglesa que me gusta mucho, que es lady Sackville West, sobre todo en esta biografía admirable por todos los conceptos de su madre y de su abuela, que se llama «Pepita», o en «The Edwardians»; mucho menos en «La isla sombría», que acaba de publicarse en español. Y es que las mujeres están bien representadas en la literatura inglesa: Katherine Mansfield, Virginia Wolff y Rosamond Lehmann son buena prueba de ello.

DARÍO.—¿Has leído a Bromfield?...

CONCHITA.—Sí; conozco casi toda la variadísima obra. De una exuberancia extraordinaria en algunos de sus libros, admirable en la descripción de ambientes y personajes, con la minuciosidad y los toques finales de un Balzac como en «The Strange case of miss Annie Spragg», o en esa co-

lección de novelas cortas divertidísimas «It had to happen», de cuando en cuando me defrauda con una novela de esas que tanto éxito tienen en América y que no son «Rebeca», pero están a punto de serlo.

DARÍO.—¿Y a Knut Hansum?...

CONCHITA.—No puedo hablar de Knut Hansum. Lo he leído siempre traducido, y quizá por eso no he logrado encontrar el resorte que me descubra esa grandiosidad que el mundo admira. Quizá en «La bendición de la tierra» es donde ha estado más a punto de conmovirme; pero me encuentro muy lejos de sus personajes. En lugar de admirarme la simplicidad de éstos, me irrita a veces profundamente.

DARÍO.—Menos mal. Ya tenía ganas de escuchar alguna opinión propia y sincera sobre el viejo ídolo que es Hansum. Mas entremos ahora un poco en casa. ¿Qué se te ocurre sobre este innegable resurgir que favorece a nuestra novela?

CONCHITA.—¡Que buena falta le hacía un resurgimiento!... Desde Galdós y Valera, apenas si surge una novela de vez en cuando; parece como si se hubiera acabado la vena. Cierto que los escritores del noventa y ocho trajeron un remozamiento fenomenal a la literatura española, pero más como hombres de ideas, como ensayistas, que como novelistas a la forma clásica. Baroja, tal vez, y Ayala, fueron los que a mi juicio se acercaron más a la novela tipo. Pero pronto se cansaron, sobre todo Baroja, que comienza una serie de novelas interesantísimas con unos tipos magníficos y unos ambientes y unas observaciones logradísimas, pero sin forma arquitectónica interior, que a veces conseguían escritores mucho menos interesantes que él y que tenían menos cosas que decir.

DARÍO.—¿Has leído la «Miss Giacomini», de Villalonga? Dinos algo sobre esta gran novela.

CONCHITA.—«Miss Giacomini» creo que es una muy buena novela de costumbres escrita por un autor moderno. La provinciana pacata, ñoña y malintencionada de principios de siglo está descrita de un modo maravilloso. A mi me recuerda, claro que en otro orden de ideas, esa otra novela admirable de D'Ors, «La bien plantada». «Miss Giacomini» es una de las novelas más divertidas que he leído últimamente.

DARÍO.—Supongo que conocerás las obras de Camilo José de Cela. ¿Qué te parece?

CONCHITA.—Extraordinario. Es un autor que me impresionó, sobre todo porque tiene tal sabor auténtico y está tan enraizado en la tierra que describe, que casi asusta pensar que vivimos tan cerca de ella. Me gusta también el idioma en que están escritas sus novelas: un castellano sin afectación y de crudeza y diafanidad grandísima. Crudeza en el buen sentido de la palabra, porque muchos escritores creen dar fuerza a sus personajes poniendo en su boca palabras no siempre de buen gusto, sin comprender que con eso no disimulan lo endeble de su creación, como Hemingway, que ha estropeado así alguna de sus novelas.

DARÍO.—¡Bueno! Demos ahora un gran salto atrás. En tu biblioteca he visto un libro curioso y tremendo: la «Vida del capitán Alonso Contreiras», narrada por él mismo, que ha publicado la revista «Occidentes». No olvidaré nunca una frase de este Alonso tan nuestro cuando, de capitán en un bajel, llama y congrega a todos los tripulantes sanos o heridos, y, en un trance difícil, les arenga así, a la española: «Señores: A cenar con Cristo o a Constantinopla». ¿Cómo sientes este género de vivísima literatura?

CONCHITA.—De este libro admirable, poco se puede decir después de lo que ha expresado don José Ortega y Gasset en su prólogo extraordinario, uno de los mejores que haya escrito jamás; pero el tipo del aventurero español, alegre y osado, siempre nos cautiva. Si yo fuera hombre, me gustaría interpretar en una película ese magnífico tipo.

DARÍO.—Me gustaría oírte, Conchita, alguna experiencia o alguna sugerencia literaria...

CONCHITA.—¿Qué sugerencia podría yo hacer! Como he dicho al principio, soy una modesta lectora de lo que escriben los demás. Las ideas nuevas y las sugerencias salvadoras las tienen que tener ellos: los autores, los escritores y los poetas. A las mujeres que no escribimos más que de vez en cuando, sólo nos queda leer y sonreír.

DARÍO.—Creo que os queda todavía algo mucho más importante y que ocupa el primer lugar en la emoción humana...; pero, en fin, es muy tarde y no hay más remedio que despedirse, agradeciendo tu interesante y profunda colaboración. Buenas noches.

CONCHITA.—Buenas noches...